

en los medios de reducirle al mas profundo silencio.

De repente se animó su rostro con una alegría satánica, y pareció satisfecho de una idea que habia concebido.

--¡Sí, sí!—exclamó:—¡el golpe es seguro!

Y se paseó por su cuarto con aire satisfecho y de triunfo.

¿Cuál era el plan que habia concebido?

En otra parte de nuestra historia lo llegaremos á conocer.

CAPITULO II.

Polkos y Puros.

Antes de ocuparnos de esta revolucion conveniente será que demos á conocer las causas que hubo para armar estas fuerzas, y el origen de la injusta guerra que trajeron los Norte-Americanos.

Desde los primeros años de haberse independido México de España, pensaron los gobiernos de Washington en la adquisicion de Tejas, provincia de las mas feraces de México, y propusieron la compra de sus terrenos en 1825 y en 1827, aunque sin éxito.

Durante el gobierno vireinal, la provincia de Tejas, merced á la prevision, actividad y vigilancia de los gobernantes españoles,

que ponian especial esmero en que la inmigracion se compusiese de personas honradas y laboriosas, cuidando mas de la calidad que de la cantidad de inmigrantes, se mantuvo leal y unida al resto del país; pero tan pronto como se hizo la independenciam, el gobierno mexicano, llevado de las mas nobles ideas, abrió ámpliamente las puertas á la inmigracion, y Tejas se vió á poco poblado por los conlidantes Norte-Americanos, atraidos por las ventajas que se les proporcionaba, pues ademas de darles las tierras mas feraces, sin remuneracion de ninguna clase, se les exceptuaba por diez años del pago de contribuciones y se les concedia otros privilegios que no disfrutaban ningunos de los mexicanos.

Con estas ventajas pronto prosperaron aquellos colonos, y al verse fuertes, y careciendo de todo lazo hácia el resto de la nacion, pues ni su idioma, ni sus costumbres eran las del resto del país, y no habiéndose sujetado jamás á las leyes del país, se revelaron, proclamándose independientes.

Este rasgo de ingratitud hizo conocer al

gobierno mexicano el mal que habia hecho en abrir las puertas con tal franqueza á los inmigrantes; y trató de traerlos á la obediencia, ofreciéndoles exceptuarlos por otros diez años del pago de contribuciones; pero insolentados, y traduciendo las concesiones por debilidad y miedo, continuaron rebeldes, y se dispusieron á resistir con las armas en la mano, y favorecidos indirectamente por los Estados-Unidos, al ejército mexicano, que se dirijia al fin con el objeto de someterlos á la obediencia.

Santa-Anna, á quien se dió el mando de la division que debia reducir á la obediencia á los tejanos, salió para S. Luis el 23 de Noviembre de 1835: tomó en Febrero la ciudad de Bejar, que los tejanos habian abandonado: se hizo dueño, por asalto, del fuerte del Alamo, mandando pasar á cuchillo á la guarnicion: derrotó en todas partes á los enemigos de la patria, que los habia acogido benignamente: hizo trescientos prisioneros en Goliat, á los cuales mandó pasar por las armas; y deseando dar un golpe atrevido y apoderarse del congreso tejanos,

avanzó, con solo unas cuantas compañías, hasta S. Jacinto, donde sorprendido por el general tejano, Austin, fué hecho prisionero, perdiendo así, por su arrojo, con un solo golpe, toda la brillante campaña, donde las armas mexicanas se habian colocado á gran altura.

Recobrada su libertad, el general Santa-Anna volvió á México, y se retiró á su hacienda de Manga de Clavo.

Pasado algun tiempo, las principales potencias de Europa reconocieron la independencia de Tejas, y lo mismo hicieron los Estados-Unidos, infiriendo con esto un agravio á México, que no podia resolverse á que le arrebatasen ingratos favorecidos, una de sus mas ricas provincias.

Los tejanos, temiendo que nuevas divisiones mexicanas fueran á castigar su rebeldía, pidieron agregarse á los Estados-Unidos; y aunque al principio el gobierno de la vecina república se opuso á ello, el 1º de Marzo de 1845, aumentó su poder con aquel rico territorio.

Un grito de justa indignacion resonó en

todas las provincias de México, y se clamó por la guerra, como el único medio de salvar el honor nacional.

Entre tanto los Estados-Unidos, á la vez que enviaban sus comisionados, fingiendo un vivo deseo de arreglar la cuestion de Tejas, las tropas del general Taylor, ocuparon parte del territorio mexicano, con pretexto de que los límites de Tejas se extendian hasta el rio Bravo del Norte, y sus buques ocupaban las costas de México.

El país no podia pasar por estas humillaciones, y se preparó á la guerra para luchar con un enemigo tan pérfido y desleal.

La nacion entera, sin excepcion de clases, empuñó voluntaria las armas, y luchó con honra, aunque con desgracia.

Antes de esa guerra, cuyo origen fué la hospitalidad dada por los mexicanos á ingratos extranjeros, el país tenia una superficie de 249.334 leguas cuadradas: hoy solo cuenta 113.856. Los ingratos á quienes se acojió con los brazos abiertos para que prosperasen, fueron causa de que arrancasen á

la generosa nacion que los acogió cariñosa, 135.478 leguas cuadradas. ¡Mas de lo que le ha quedado al país....!

Pero no es esto solo; sino que á la ingratitud con que los mexicanos vieron correspondida su generosidad, tuvieron que agregar la inexplicable mala voluntad que las demas naciones les manifestaron en la causa santa que se habian propuesto defender en lucha desigual, pero honrosa, aunque desgraciada.

Solo España se manifestó interesada en el triunfo de México. No hay mas que leer los periódicos españoles de aquella época, y no hay uno solo que no manifieste sus simpatías por la causa de los mexicanos. En México mismo, el padre español Jarauta, con mas de doscientos españoles, unidos á valientes mexicanos, empuñaron las armas en defensa del país, y derrotaron varias partidas de invasores, les quitaron convoyes, y no les dejaron descansar ni un solo instante.

El entusiasmo y patriotismo que los me-

xicanos manifestaron al principio de aquella guerra, no reconocen superior.

No hubo un solo hombre que no volase á empuñar las armas.

Comerciantes, propietarios, estudiantes, abogados, médicos, poetas, periodistas, artesanos, labradores, ricos y pobres, todos se presentaron voluntariamente á defender la patria.

Entre estos entusiastas, por la honra de México, se encontraban Leopoldo y Nuñez, que se habian alistado en la guardia nacional.

Explicada la causa justa que obligó á los mexicanos á empuñar las armas para rechazar la fuerza con la fuerza y defender la autonomia del país, pasemos á ocuparnos del asunto que empezamos á tratar al principio de este capítulo.

Era la tarde del 22 de Febrero de 1847.

Un dia despues de los acontecimientos que dejamos consignados en el capítulo anterior.

El alegre toque de dianas y el repique á

vuelo en varias iglesias de la capital, anunciaban algun notable acontecimiento.

Era que los batallones de guardia nacional, Victoria, Hidalgo, Mina y Bravos, se acababan de pronunciar contra la administracion del vice-presidente, Don Valentin Gomez Farías, que gobernaba en ausencia del general Santa-Anna, que se hallaba en S. Luis, dispuesto á salir á combatir al general norte-americano, Taylor.

El origen de este pronunciamiento fué la ley de manos muertas, publicada por el gobierno, y contra la cual estaba la mayoría de la nacion.

Sin embargo de esta circunstancia, el gobierno decretó la ocupacion de las rentas eclesiásticas, conminando á los inquilinos con crecidas multas, si no entregaban á los recaudadores civiles lo que antes pagaban los mayordomos.

La guardia nacional que habia tomado voluntariamente las armas para combatir contra el invasor Norte-Americano, no creyendo conveniente aquella medida que introducía un nuevo elemento de discordia á

los muchos que agitaban el país, apeló á las armas para destruirla.

El batallon Victoria, compuesto de los jóvenes pertenecientes á las familias mas distinguidas de México, ocupaba el convento de la Profesa; el de Hidalgo, en cuyas filas militaban todos los empleados, se situó en la casa de Iturbide; el de Independencia, compuesto de honrados y laboriosos artesanos, se colocó en el Hospital de Terceros; el de Mina, en el convento de S. Diego; el de Zapadores, en S. Hipólito; y el de Bravos, en S. Fernando y S. Cosme.

La gente inerte corria despavorida á cerrarse en sus casas, mientras los soldados de uno y otro bando improvisaban parapetos y se disponian á combatir.

Era la lucha entre el partido conservador y su antípoda en ideas políticas: entre puros y polkos; denominados así entonces los que combatian al gobierno, por ser en su mayor parte jóvenes que frecuentaban la buena sociedad, y estar de moda el baile titulado, la Polka; y puros, los adictos á las ideas de desamortizacion.

Los repiques y las dianas continuaban atrayendo una multitud de curiosos, en tanto que las personas tímidas cruzaban las calles en todas direcciones, procurando llegar lo mas pronto posible á sus hogares.

Una mujer, hermosa como la esperanza y envuelto su esbelto cuerpo en un humilde trage, atravesaba á prisa, pálida y temblando, el espacio de la Alameda que queda entre la puerta que mira á S. Juan de Dios y la que se halla enfrente del Hospicio.

Para evitar las miradas de los curiosos, lleva cubierto con el rebozo, cuanto le es posible, el rostro.

En su porte y sus maneras revela que aquel trage no corresponde á su educacion.

A juzgar por el paso que lleva, debemos sospechar que no está acostumbrada á salir sola á la calle, y que algun motivo muy poderoso debe haberla obligado en aquel instante á verificarlo.

Pero ¿á dónde se dirige?

Ha salido ya de la Alameda y continúa su marcha.

De repente se detiene y tiembla.

Una partida de pronunciados se agolpa á la Acordada, y desarma á la guardia del gobierno que custodiaba el edificio.

La jóven que parecia dirigirse hácia aquel punto, queda irresoluta titubeando en lo que debe hacer.

Teme á la soldadesca; pero gran interés debe tener en llegar al edificio disputado, cuando haciendo un esfuerzo sobre sí misma, se resolvió á llegar.

Al cruzar el espacio que media entre la puerta de la Alameda y el Hospicio, las miradas de un hombre que iba en encontrada direccion, se fijaron en ella.

La jóven va á pasar sin verle; pero él la cierra el paso diciendo:

—¿A dónde va vd., hermosa Adela?

—¡Willey!

Dijo la jóven alzando los ojos al reconocer la voz del hombre que le hablaba.

—¿Qué asunto le trae á vd. por aquí, en momentos tan críticos?

—El deseo de saber si es cierto lo que me contó esta mañana una antigua conocida que fué á verme á mi casa.

—¿Qué?

—Una desgracia que no he creído, porque vd. me la hubiera comunicado, y que además está en contradicción con las cartas que vd. mismo me ha entregado de él.

—Pero ¿qué es ello?

—La noticia de que está sentenciado á muerte D. Félix.

El doctor tembló, porque conoció cuán cerca había estado la joven de descubrir su superchería.

Sin embargo, repuesto al momento de su sorpresa, y dejando vagar en sus labios una sonrisa burlona, exclamó en tono chancero.

—¿Y cómo se llama esa amiga que tiene informes tan acertados?

—Doña Anita: una antigua vecina que tuve cuando viví en la calle de Tacuba.

—¡Vaya con la Doña Anita!

—¿Conque no es cierto?

—Se conoce que tuvo gana de asustar á vd., ó de descubrir por el efecto que en el ánimo de vd. producía la noticia, el grado de afecto que conserva vd. á ese joven

—¿Lo cree vd. así?

—¡Oh! la malicia de ciertas personas es muy curiosa.

Soledad meditó en el carácter de su antigua vecina, y juzgó verosímil la sospecha del doctor.

—Puede ser muy bien lo que vd. dice.

Contestó despues de reflexionar un instante.

—Estoy casi seguro de no equivocarme.

—Así lo creo ahora; pero como estaba impaciente por salir de la duda, y vd. no parecía, me había propuesto desengañarme por mí misma.

—Llegué hoy mismo de Texcoco, y no quise presentarme en casa de vd. sin ser portador de alguna apreciable carta escrita por él.

—¿Y la trae vd?

—Sin duda, lo que le prueba á vd. que no está muy bien informada su querida amiga.

—¿Y le ha visto vd. á él?

—No, me ha sido imposible; porque en ese momento tuvo lugar el tumulto.

—¿Ni al entregarla le ha dicho á vd. nada el carcelero?

—Mucho, sin duda, tenia que comunicarme, segun me dió á entender; pero no pudo hacerlo, porque vino á impedirselo la alarma que tuvo lugar en el instante mismo en que ponía en mis manos la carta.

—¡Ah! tal vez en ella me diga alguna cosa importante.

—Así lo creo, á juzgar por las pocas palabras que el carcelero pudo dirijirme.

—La oblea es verde.

Dijo Soledad fijando los ojos en la neta.

—Lo que le prueba á vd. que su contenido no es funesto.

—Es verdad.

—Antes, si he de dar crédito á un presentimiento que me asalta, en sus líneas viene una noticia lisonjera.

—¡Dios lo quiera!

Los gritos de "Mueran los puros," pronunciados por los que acababan de ocupar la Acordada, y el disparo de algunas armas, les fué á alarmar de repente.

—Aquí no estamos bien;—dijo el doctor:—Marchemos, si á vd. le parece, hácia su casa.

—Sí, marchemos.

—Tendré el gusto de acompañarle á vd. hasta la puerta.

—Pero no quisiera que se molestara vd. por mi causa, cuando tal vez sus ocupaciones le llaman en este instante á otra parte.

—Mi primer ocupacion es tener el gusto de servir á vd.

—Le vivo á vd. muy agradecida por esa preferencia, á que no soy acreedora.

—Mi intencion era dirijirme á su casa para entregarle la carta de D. Félix; y ahora que ya he tenido el gusto de ponerla en sus manos, deseo que no me prive vd. del placer de acompañarla.

—El placer es para mí, y por lo mismo admito su atenta y galante oferta.

Soledad y Willey iban á echar á andar, cuando un nuevo grupo de pronunciados, pertenecientes al batallon de Independencia, que cruzaba de S. Diego al Hospital de Terceros, dando vivas á la Religion y á Mé-

xico, les obligó á permanecer quietos, esperando á que pasase.

—Señores, órden.—Les dijo el oficial que marchaba á la cabeza:—guardemos ese entusiasmo para la hora del combate.

—¡Viva nuestro capitán Cabrera!
Gritaron los soldados.

Willey, al escuchar aquel nombre, palideció, y fijó los ojos en el oficial.

Era Leopoldo que, como toda la juventud mexicana, se había alistado en la guardia nacional á la noticia de la invasión Nort-Americana, y que disgustado con la administración de Farías, se había adherido al pronunciamiento para derrocarla.

El doctor, como todo hombre que ha cometido algún delito, temiendo que Leopoldo tuviese ya noticia del asesinato cometido en el Molino de Flores la noche anterior, y que sospechase que había sido un crimen cometido por él, volvió la cabeza para no ser conocido, y esperó á que el grupo se alejase.

—¿Qué tiene vd., doctor?—Le preguntó Soledad así que se ausentaron los naciona-

les.—¿Temía vd. algo de esos hombres? Le veo á vd. demudado.

—No; temía únicamente que usasen con vd. de alguna grosería, y esto me tenía inquieto.

—No; eso era imposible: el joven que les manda es demasiado fino y bien educado, para permitir que sus subordinados faltasen al respeto debido á una señora.

—¿Le conoce vd?

—Mucho. Viví por mucho tiempo en la habitación inmediata á la suya. Es un excelente pintor, y un dechado de amor filial para con su anciana madre.

Y mientras pronunciaba estas palabras, caminaba hácia su casa acompañada de Willey.

El doctor fué recobrando poco á poco su color y su calma.

Desde la noche anterior en que había cometido el asesinato, se había retirado muy temprano á su posada, donde se entretuvo en escribir la carta que acababa de entregar á Soledad, fingiendo la letra de D. Félix.

A las nueve del día siguiente, que es el

mismo en que nos encontramos, circuló por todo Texcoco la funesta noticia de haber encontrado ahogado en la sima del Molino de Flores á un desgraciado.

Willey, temiendo que le llamasen para inspeccionar el cadáver del mismo que él habia asesinado, se despidió de D. Emilio y su familia, prestando un negocio urgente en México, y se embarcó inmediatamente en un bote que salia en aquel instante.

En vez de estar dominado por el romor-dimiento que deja en el alma el crimen y arrepentido del horrible asesinato, solo pensó en perpetrar otro nuevo delito; en satisfacer su lujuria; en deshonorar á la hermosa y confiada Soledad.

Dos sentimientos; á cual mas bastardos, le impelia á ello: el deseo de llevar su venganza contra su víctima mas allá de su tumba, y el de satisfacer sus instintos carnales.

Todo lo tenia dispuesto para la realizacion de su inícuo plan.

Habia amueblado lujosamente un precioso cuarto en la misma casa en que gemia presa la inconsolable Luz, cuarto que que-

daba aislado de todos los demas; dispuso un agradable refresco, en que vertió una dosis de narcótico, para servirla cuando llegase, y eligió por su víctima á la hermosa Soledad.

Para realizarlo, habia escrito la noche anterior la carta de que ya hemos hecho referencia, y cuyo contenido, como veremos mas adelante, esperaba decidiese á la jóven á ir al sitio donde creia encontrar el bien, y donde le esperaba le deshonra.

Su primer cuidado al desembarcar, fué dirigirse á la casa que tenia en el barrio de la Palma, prevenir á la extranjera que estaba á sus órdenes lo que habia hacer, y en seguida, provisto de su carta, tomó por la calle de Plateros, hasta llegar al Hospicio, y torciendo á la derecha, marchar por los callejones á la casa de Soledad.

La casualidad dispuso que se encontrase con la jóven, como lo hemos visto, dando lugar al diálogo que el lector ha escuchado.

Estaba oscureciendo ya cuando llegaron á la humilde casa en que vivia Soledad.

La jóven, engañada y agradecida por lo

que creia afecto de sincera amistad, y que no era otra cosa que un lazo que se tendia á su honor, le suplicó que entrase.

—Tengo deseo—le dijo—de que escuche vd. el contenido de la carta, ya que participa vd. de mis penas y de mi alegría.

Aunque Willey no necesitaba oír leer aquella carta, porque ninguno como él, que la habia escrito, sabia su contenido, sin embargo, para disimular mas y mas su infame trama, aceptó la oferta, y penetró en la reducida habitacion de Soledad.

La jóven encendió una vela, suplicó á su falso amigo que se sentase, y abriendo la carta leyó en alta voz estos renglones:

“Querida prima: por fin, estoy libre: he conseguido huir de la prision en que gemia: esta carta la envío con un indio leal, para que la entregue al carcelero que me ha servido en todo, éste se la dé á mi generoso amigo Willey, y por conducto de él llegue á poder de vd.

“Estoy en el callejon H*** casa núm. 4. Deseo verla á vd., porque tengo que comunicarle grandes cosas de sumo interés. No

falte vd., pues: espero sin falta su visita esta noche. Suplique vd. al doctor que le acompañe, puesto que para él, que tanto interés ha tomado por nuestra felicidad, no debemos tener secretos.

“Si cuando vd. llegue no estoy en casa, por encontrarme de visita en la casa contigua, donde está otro compañero de infortunio, que tambien ha logrado fugarse, tenga vd. la bondad de esperarme, y de avisarme con la extranjería que recibirá á vd., y que es una mujer de toda mi confianza.

“Adios, hermana querida: no deje vd. de venir á consolar á su leal amigo, que le aprecia con todas las veras de su corazon.
—*Félix.*”

—¡Está libre!

Dijo Soledad llena de contento cuando acabó de leer la carta.

—¡Silencio, por Dios! no nos oigan.

Dijo Willey, fingiendo temor de ser descubiertos.

—¡Ah! ¡qué feliz nueva!

—Ahora conozco que era la que deseaba

comunicarme el carcelero, y que por causa del tumulto no pudo verificarlo.

—Sin duda.

—¿Y piensa vd. acudir á la cita?

—¿No le parece á vd. que debo hacerlo?

—Esa es mi opinion; pero si por ser ya de noche, estar la calle muy retirada y tener recelo á la revolucion, quiere vd. dejarlo para otro dia....

—De ninguna manera: le debo grandes favores para que no haga el sacrificio de vencer mi timidez.

—En ese caso.... si vd. gusta que yo la acompaÑe, puede vd. contar conmigo; estoy á sus órdenes.

—Admito la buena disposicion de vd., tanto por mí, cnanto porque le será muy satisfactorio á D. Eélix poder darle á vd. las gracias por el interés que se ha tomado vd. por él.

—Era un deber de humanidad, y un tributo á la inocencia perseguida.

—¡Oh! ¡qué noble corazon!

—Voy, pues, sin perder momento, á buscar un coche que nos conduzca en un ins-

tante al sitio en que se encuentra. Tenga vd. la bondad de esperarme, en tanto que vengo con el carruaje.

Y ocultando la satisfaccion interna que experimentaba al ver el buen giro que habia tomado su plan, se dirijió en busca de un coche, diciendo interiormente.

—He conseguido, al fin, lo que tanto anhelaba mi corazon.... La paloma se entrega voluntariamente al alcon... Adela, la mujer que un tiempo se salvó de mi poder, la jóven que idolatraba Nuñez, va á ser mia....! Sí, mia... porque va á marchar confiada al sitio preparado por mí, en mi compañía, sin recelo ninguno.... Sin que nadie pueda arrebatármela.... sin que nadie pueda acudir en su auxilio!....

Y una sonrisa infernal asomó á sus lábios.

Soledad, bien agena de pensar en la trama que se habia urdido contra su honra, esperaba entre tanto, impaciente, la llegada del carruaje.